en esos lejanos aumentos. Pues bien, el poeta domador, á quien admiráis en Orfeo, reconocedlo en Juvenal.

Insistimos respecto de Juvenal. Pocos poetas han sido más insultados, más discutidos, más calumniados. La calumnia contra Juvenal fué á tan largo plazo, que dura todavía. Pasa de un lacayo de la pluma á otro. Esos grandes detractores del mal son odiados por todos los aduladores de la fuerza y del buen éxito. La turba de los criados sofistas, de los escritores que tienen al rededor del cuello un ruedo pelado, *sostenedores* historiógrafos, escoliastas *entretenidos* y alimentados, gentes de corte y de escuela, sirve de obstáculo á la gloria de los que castigan y vengan. Grazna al rededor de las águilas. Con dificultad se es justo con los justicieros. Estorban á los amos é indignan á los lacayos. La indignación de la bajeza existe.

Es natural, cuando menos, que los diminutivos se ayuden entre sí, y que Cesarión tenga por apoyo á Tiranión. El pedante rompe férulas por el sátrapa. Hay para esos oficios una cortesanía literata y una pedagogía oficial. A esos pobres y queridos vicios que pagan, á esas excelentes infamias de buenos príncipes generosos, su alteza Rufino, su majestad Claudio, esa augusta señora Mesalina que da tan espléndidas fiestas, y sueldos á cargo del patrimonio privado, y que dura y se perpetúa, llamándose Teodora, luego Fredegunda, luego Inés, luego Margarita de Borgoña, luego Isabel de Baviera, luego Catalina de Médicis, luego Catalina de Rusia, luego Carolina de Nápoles, etc., etc., á todos esos grandes señores, los crímenes, á todas esas bellas damas, las ignominias, ¿podrá causárseles el dolor y el disgusto de consentir en el triunfo de Juvenal? No. ¡Guerra de látigo en nombre de los cetros! ¡Guerra de varas en nombre

de las tiendas! Está bien. Haced, cortesanos, clientes, eunucos y escribas. Haced, publicanos y fariseos. Eso no impedirá que la república le esté agradecida y que el templo apruebe á Jesús.

Isaías, Juvenal, Dante, son vírgenes. Reparad como llevan los párpados caídos y la vista baja. Una claridad sale de sus pestañas severas. Hay cierta castidad en la cólera de lo justo contra lo injusto. La imprecación puede ser tan santa como el *hosana*, y la indignación, la honrada indignación, tiene la pureza misma de la virtud. En materia de blancura, la espuma no tiene nada que envidiar á la nieve.

III

La historia entera comprueba la colaboración del arte en el progreso. *Dictus ob hoc lenire tigres.* El ritmo es un poder. Poder que la Edad media conoce y sufre tanto como la antigüedad. La segunda barbarie, la barbarie feudal, teme también esa fuerza, el verso. Los barones, poco tímidos, se sobrecogen ante el poeta. ¿Qué es ese hombre? Temen que se cante una *varonil canción.* El espíritu de la civilización está con aquel desconocido. Los viejos torreones llenos de carne humana abren los ojos de fiera y buscan la obscuridad; una inquietud se apodera de ellos. El feudalismo se estremece, el antro se desordena. Los dragones y las hidras están mal allí. ¿Por qué? Porque hay un dios invisible.

Es curioso reconocer ese poder de la poesía en los países donde la salvajería es más densa, particularmente en Inglaterra, en esa última profundidad feudal, *penitus toto divisos orbe britannos.* Si creemos á la leyenda, forma de la historia tan cierta y tan falsa como cualquier otra, gracias á la poesía, Colgrim,

sitiado por los bretones, fué socorrido en York por su hermano Bardulfo el sajón, y que el rey Awlof penetró en el campamento de Athelstán; gracias á ella Werburgh, príncipe de Nortumbria, fué libertado por los galenses, de donde procede la divisa celta del príncipe de Gales: *Ich dien;* que Alfredo, rey de Inglaterra, triunfó de Gitro, rey de los daneses, y que Ricardo Corazón de León salió de la cárcel de Losenstein. Ranulfo, conde de Chester, atacado en su castillo de Rotelán, fué salvado por la intervención de los *minestreles* (trovadores), lo que se demostraba aún en tiempo de la reina Isabel, por el privilegio otorgado á los *minestreles* protegidos por los lores Dalton.

El poeta tiene el derecho de reprimenda y de amenaza. En 1316, el día de Pentecostés, hallándose á la mesa Eduardo II, en la gran sala de Wéstminster con los pares de Inglaterra, una mujer *minestrel* entró á caballo en el salón y dió la vuelta del mismo, saludó á Eduardo II, predijo al *miñón* Spencer la horca y la emasculación por mano del verdugo, y al rey el cuerno por medio del cual le hundirían en los intestinos un hierro enrojecido al fuego, dejó en la mesa, frente al rey, una carta, y se fué; y nadie le dijo nada.

En las fiestas, los *minestreles* pasaban antes que los sacerdotes y se les guardaba mayor consideración que á éstos. En Abingdon, en una fiesta de la Santa Cruz, cada uno de los doce sacerdotes recibió cuatro peniques, y cada uno de los doce *minestreles* dos chelines. En el priorato de Maxtoke era usual hacer cenar á los *minestreles* en la cámara Pintada, alumbrada por ocho gruesos cirios.

A medida que se va penetrando en el Norte, parece que el aumento de la niebla engrandezca al poeta. En Escocia es enorme. Si algo supera la leyenda de los rapsodas, es la leyenda de los escaldas. Al aproximarse Eduardo de Inglaterra, los bardos cu-

bren á Stirling, como los trescientos habían cubierto á Esparta, y tienen sus Termópilas iguales á las de Leónidas. Ossián, perfectamente cierto y real, tuvo un plagiario; no es nada; pero ese plagiario hizo más que robarle, le dejó soso. Conocer á Fingal únicamente por Macpherson, es como si sólo se conociese á Amadís por Tressán. Se enseña en Staffa la Piedra del poeta, *Clachan an bairdh*, así llamada, según muchos anticuarios, desde largo tiempo antes de la visita de Wálter Scott á las Hébridas. Esta Silla del bardo, grande roca hueca ofrecida al deseo de sentarse que pudiera tener un gigante, está á la entrada de la gruta. A su alrededor están las olas y las nubes. Detrás del *Clachan an bairdh* se amontona y se levanta la geometría superhumana de los prismas basálticos, la confusión de las columnatas y de las olas, y todo el misterio del espantoso edificio. La galería de Fingal se prolonga al lado de la silla del poeta; el mar rompe allí antes de entrar bajo aquel terrible techo. Al anochecer parece verse en esa silla una enorme forma sentada; *es el fantasma*, dicen los pescadores del clan de los Mackinnons; y nadie se atrevería, ni siquiera en plena luz del día, á subir hasta aquel temible asiento; pues la idea de la piedra está unida á la idea del sepulcro, y sobre la silla de granito sólo puede sentarse el hombre de sombra.

IV

El pensamiento es poder.

Todo poder es deber. En el siglo en que estamos, ¿debe ese poder permanecer en reposo? ¿Ese deber ha de cerrar la vista? ¿Ha llegado para el arte el momento de desarmar y no luchar? ¡Jamás! La caravana humana ha llegado, gracias á 1789, á una alta meseta, y

siendo el horizonte más vasto, el arte tiene más que hacer. Ni más ni menos. A todo ensanche de horizonte corresponde un engrandecimiento de conciencia.

No hemos llegado al límite. La concordia condensada en felicidad, la civilización resumida en armonía, son cosas lejanas todavía. En el siglo XVIII ese sueño estaba tan lejos que parecía culpable; por haberlo entrevisto expulsaban al abate de Saint-Pierre de la Academia. Expulsión que parece algo severa en época en que lo pastoril llegaba hasta Fontenelle y en la cual Saint-Lambert inventaba el idilio para uso de la nobleza. El abate de Saint-Pierre dejó detrás de sí una palabra y un sueño; la palabra es de él: *Beneficencia;* el sueño es de todos nosotros: *Fraternidad.* Ese sueño, que hacía echar espuma al cardenal de Polignac y sonreir á Voltaire, no está tan perdido como entonces entre las tinieblas de lo improbable; se ha acercado un poco, pero no le tocamos todavía. Los pueblos, huérfanos que buscan á su madre, no tienen aún en la mano la falda del traje de la paz.

Queda á nuestro alrededor suficiente cantidad de esclavitud, de sofisma, de guerra y de muerte, para que el espíritu de civilización no se desprenda de ninguna de sus fuerzas. Todo el derecho divino no se ha disipado. Lo que ha sido Fernando VII en España, Fernando II en Nápoles, Jorge IV en Inglaterra, Nicolás en Rusia, sigue flotando aún. Se cierne como un resto de espectros. Hay inspiraciones que descienden de esa nube fatal sobre los que llevan corona y meditan siniestramente.

La civilización no ha acabado con los concesionarios de constituciones, con los propietarios de los pueblos, ni con los alucinados legítimos y hereditarios, que se intitulan majestades por la gracia de Dios, y creen tener sobre el género humano derecho de manumisión. Conviene ofrecer algún obstáculo, demostrar al pasado alguna mala voluntad y oponer algún correctivo á esos hombres, á esos dogmas, á esas quimeras que se obstinan. La inteligencia, el pensamiento, la ciencia, el arte severo, la filosofía, deben velar y tener cuidado con las equivocaciones y malas inteligencias. Los falsos derechos ponen perfectamente en movimiento á verdaderos ejércitos. Hay en el horizonte Polonias degolladas. *Toda mi preocupación,* decía un poeta contemporáneo fallecido recientemente, *es el humo de mi cigarro.* Yo también tengo una preocupación, el humo de las ciudades que arden allá. Por consiguiente, molestemos á los amos, si podemos.

Rehagamos en lo más alto posible la lección de lo justo y de lo injusto, del derecho y de la usurpación, del juramento y del perjurio, del bien y del mal, del *fas et nefas;* lleguemos con todas nuestras viejas antítesis, como dicen ellos. Hagamos contrastar lo que debe ser y lo que es. Pongamos claridad en todas las cosas. Traed luz, vosotros que la tenéis. Opongamos dogma á dogma, principio á principio, energía á obstinación, verdad á impostura, sueño á sueño, el sueño del porvenir al sueño de lo pasado, la libertad al despotismo. Podremos sentarnos, echarnos tan largos como somos y acabar de fumar el cigarro de la fantasía, y reir del *Decamerón* de Boccacio con un dulce cielo azul sobre la cabeza, el día en que la soberanía de un rey tenga exactamente el mismo tamaño que la libertad de un hombre. Hasta entonces poco sueño. No me fío.

Poned centinelas en todas partes. No esperéis franquicias de los déspotas. Libertaos vosotras mismas, todas cuantas Polonias existen. Descolgad el porvenir con vuestra propia mano. No esperéis que vuestras cadenas se conviertan por sí mismas en medio de huir. Vamos, hijos de la patria. ¡Oh, segadores de las estepas, levantaos! Tened en las buenas intenciones

de los zares ortodoxos sólo la confianza precisa para tomar las armas. Las hipocresías y las apologías, no siendo más que trampas y celadas, son un peligro más.

Vivimos en un tiempo en que se ve á oradores elogiar la magnanimidad de los osos blancos y el enternecimiento de las panteras. Amnistía, clemencia, grandeza de alma, una era de felicidad que comienza, se es paternal, ved todo cuanto se ha hecho ya; no debe creerse que no se camina con el siglo, los augustos brazos están abiertos, reuníos al imperio; la Moscovia es buena, ved cuán felices son los siervos, los arroyos van á ser de leche, prosperidad, libertad, vuestros príncipes gimen como vosotros sobre lo pasado, son excelentes, venid, venid, no temáis. En cuanto á nosotros, lo reconocemos, somos de aquellos que no fundan ninguna esperanza en la glándula lagrimal de los cocodrilos.

Las deformidades públicas reinantes imponen á la conciencia del pensador, filósofo ó poeta, obligaciones austeras. La incorruptibilidad debe hacer frente á la corrupción. Ahora es más necesario que nunca enseñar á los hombres el ideal, espejo donde se refleja la faz de Dios.

V

Existen en literatura y en filosofía unos Juanes que se ríen y otros que lloran, Heráclitos con careta de Demócrito, hombres á veces muy grandes, como Voltaire. Son ironías que conservan la seriedad, algunas veces trágica.

Esos hombres, bajo la presión de los poderes y de las preocupaciones de su tiempo, hablan con doble sentido. Uno de los más profundos es Bayle, el hombre de Rotterdam, el poderoso pensador. (No debe escribirse *Beyle.*) Cuando Bayle emite con sangre fría esta máxima: «Vale más debilitar la gracia de un pensamiento que irritar á un tirano», me sonrío, porque conozco al hombre; pienso en el perseguido casi proscripto, y comprendo que se ha dejado arrastrar por la tentación de afirmar, únicamente para darme el escozor de negar. Pero cuando es un poeta el que habla, un poeta en plena libertad, rico, feliz, próspero hasta ser inviolable, se espera una enseñanza limpia, franca, saludable; no se comprende que pueda ocurrir á un hombre semejante nada que se parezca á deserción de la conciencia; y lleno de sonrojo se lee lo siguiente: «En este mundo, en tiempo de paz, cada uno debe barrer frente á su puerta. En la guerra, si se es vencido, hay que entenderse con la tropa.»—«Los entusiasmos deben crucificarse á los treinta años. Si se llega á conocer el mundo alguna vez, de engañado, de burlado, se convierte uno en bribón.»—«La santa libertad de la prensa, ¿qué utilidad, qué frutos, qué ventajas le ofrece á uno? Tenéis la demostración cierta: un profundo desprecio de la opinión pública».—«Hay gentes que tienen la manía de oponerse á todo lo que es grande; esos son los que han atacado á la Santa Alianza; y, sin embargo, nada se ha imaginado que sea más augusto ni más saludable para la humanidad...» Estas cosas, que disminuyen su personalidad, están firmadas por Goethe. Cuando las escribía, Goethe tenía sesenta años. La indiferencia del bien y del mal se sube á la cabeza, puede uno embriagarse y llegar hasta ese punto. La lección es triste. Espectáculo sombrío. Aquí el ilota es un espíritu.

Una cita puede ser una picota. Clavamos en la vía pública esas lúgubres frases, es nuestro deber. Goethe escribió aquello. Recuérdese, y que ninguno, entre los poetas, vuelva á incurrir en semejante falta.

Apasionarse de lo bueno, de lo verdadero, de lo justo; sufrir por los que sufren; todos los golpes que descargan sobre la carne humana los verdugos, sentirlos uno en su alma; ser azotado en el Cristo y fustigado en el negro; reforzarse y lamentarse; escalar, como titán, esa cima áspera donde Pedro y César hacen fraternizar sus espadas, *gladium gladio copulemus;* amontonar en esa escala la Osa de lo ideal sobre el Pelión de la realidad; hacer un vasto reparto de esperanzas; aprovechar de la ubicuidad del libro para estar en todas partes á la vez con un pensamiento consolador; empujar revueltos á los hombres, á las mujeres, á los niños, blancos, negros, pueblos, verdugos, tiranos, víctimas, impostores, ignorantes, proletarios, siervos, esclavos, amos, hacia el porvenir, precipicio para unos, liberación para otros; ir, despertar, apresurar, andar, correr, pensar, querer, en buen hora, eso sí que está bien. Eso merece la pena de ser poeta. Cuidado, no perdáis la calma. Si pierdo la calma, gano cólera. ¡Ven á soplarme en las alas, huracán!

Hubo en estos últimos años un instante en que la impasibilidad se recomendaba á los poetas como condición de divinidad. Ser indiferente se tenía por olímpico. ¿Dónde se había visto eso? Olimpo poco parecido, sin duda. Leed á Homero. Los olímpicos son todo pasión. La humanidad desmesurada, tal es su divinidad. Combaten sin cesar. Uno tiene un arco, otro una lanza, otro una espada, otro una maza, otro un rayo. Hay que obliga á los leopardos á llevarlo. Otro, la sabiduría, cortó la cabeza á la noche llena de serpientes y la clavó en su escudo. Tal es la calma de los olímpicos. Sus cóleras desencadenan los truenos desde el principio hasta el fin de la Ilíada y de la Odisea.

Esas cóleras, cuando son justas, son buenas. El poeta que las siente es el verdadero olímpico. Juvenal, Dante, Agripa de Aubigné y Milton tenían cóleras así. Molière también. El alma de Alcestes deja escapar por todas partes el relámpago de los *odios vigorosos*. En igual sentido de ese odio del mal decía Jesús: *He venido á traer la guerra.*

Me agrada Estesicoro indignado, impidiendo la alianza de Grecia con Falaris y combatiendo con golpes de lira contra el toro de acero.

Luis XIV tenía por bueno á Racine para que durmiese en su cuarto cuando estaba enfermo el rey, convirtiendo así al poeta en ayudante de su boticario, gran protección á las letras; y no pedía nada más á los ingenios, pareciéndole que el horizonte de su alcoba era suficiente para ellos. Un día Racine, algo inducido por madama de Maintenón, salió del cuarto del rey y vió las miserables residencias del pueblo. De ahí una «Memoria» sobre el malestar público. Luis XIV lanzó á Racine una mirada mortal. Mal hacen los poetas en querer ser cortesanos y acceder á lo que les piden las queridas del rey. Racine sufrió una amonestación que le hizo abandonar la corte y le costó la vida; Voltaire, por insinuación de madama de Pompadour, se aventuró á escribir un madrigal desdichado, según parece, que le hizo expulsar de Francia; pero no murió por ello. Luis XV, después de haberlo leído *(y guardad ambos bien vuestras conquistas)*, exclamó: *¡Qué tonto es ese Voltaire!*

Hace algunos años, «una pluma muy autorizada», como se dice en la jerigonza académica y oficial, escribía lo siguiente: «El mayor servicio que puedan prestarnos los poetas, consiste en que no sirvan para nada. No les pedimos otra cosa.» Observad la extensión y el vuelo de esta frase, *los poetas*, que comprende á Linos, Museo, Orfeo, Homero, Job, Hesíodo, Moisés, Daniel, Amós, Ezequiel, Isaías, Jeremías, Esopo, David, Salomón, Esquilo, Sófocles, Eurípi-

des, Píndaro, Arquíloco, Tirteo, Estesícoro, Menandro, Platón, Asclepiades, Pitágoras, Anacreonte, Teócrito, Lucrecio, Plauto, Terencio, Virgilio, Horacio, Catulo, Juvenal, Apuleyo, Lucano, Persio, Tibulo, Séneca, Petrarca, Ossián, Saadí, Ferdusi, Dante, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Chaucer, Shakespeare, Camoens, Marot, Ronsard, Regnier, Agripa de Aubigné, Malherbe, Segrais, Racán, Milton, Pedro Corneille, Molière, Racine, Boileau, La Fontaine, Fontenelle, Regnard, Le Sage, Swift, Voltaire, Diderot, Beaumarchais, Sedaine, Juan Jacobo Rousseau, Andrés Chenier, Klopstock, Lessing, Wieland, Schiller, Goethe, Hoffmann, Alfieri, Chateaubriand, Byron, Shelley, Woodsworth, Burns, Wálter Scott, Balzac, Musset, Beranger, Pellico, Vigny, Dumas, George Sand, Lamartine, que, según declaración del oráculo, «no sirven para nada», son inútiles por excelencia. Esta palabra «éxito», según parece, se ha repetido mucho. También la repetiremos nosotros. Cuando el aplomo de un necio llega á semejantes proporciones, merece registrarse. El escritor que ha puesto esos aforismos es, á lo que parece, uno de los altos personajes de la actualidad. No lo hemos de negar. Las grandezas no disminuyen el tamaño de las orejas.

Octavio Augusto, en la mañana de la batalla de Accio, encontró un asno al cual su conductor llamaba *Triumphus;* ese Triunfo, adornado con la facultad de rebuznar, le pareció de buen agüero; Octavio Augusto ganó la batalla; se acordó de *Triumphus,* lo mandó esculpir en bronce y lo colocó en el Capitolio. Por consiguiente, fué un asno capitolino, pero al fin asno.

Se comprende que los reyes digan al poeta: *Sé inútil;* pero no se comprende que los pueblos se lo digan. El poeta es para el pueblo. *Pro populo poeta,* escribía Agripa de Aubigné. *Todo para todos,* excla-

maba san Pablo. ¿Qué es un espíritu? Es un *alimentador* de almas. El poeta está hecho á un tiempo de promesas y amenazas. La inquietud que inspira á los opresores apacigua, calma y consuela á los oprimidos. Es gloria del poeta colocar una mala almohada en el lecho de púrpura de los verdugos. Algunas veces á él es debido que despierte el tirano diciendo: ¡Qué mal he dormido! Todos los esclavos, todos los sufrimientos, todos los dolores, todas las imposturas, todas las angustias, todas las hambres y toda la sed, tienen derecho al poeta; hay un acreedor, el género humano.

Ser gran servidor, sin duda, no quita nada al poeta. Porque, cuando conviene y por el deber, habrá lanzado el grito de un pueblo; porque tiene, cuando es necesario, el gemido de la humanidad en el pecho, ya que todas las voces del misterio cantan tanto como él. Hablar tan alto no le impide también hablar bajo. No por eso deja de ser el confidente y algunas veces el confesor de los corazones. Igualmente es el tercero entre los que aman, entre los que sueñan, entre los que suspiran, poniendo en la sombra su cabeza entre dos cabezas de enamorados. Los versos de amor de Andrés Chenier se aproximan, sin desorden y sin turbación, al yambo enfurecido: «¡Tú, virtud, llora si yo muero!» El poeta es el único ser vivo á quien sea dado tronar y bajar la voz, teniendo en sí, como la naturaleza, el rugido de la nube y el ledo murmullo de la hoja. Viene por una función doble, función individual y función pública, y por eso le son necesarias dos almas, por decirlo así.

Ennio decía: *Tengo tres. Una alma osca, una griega y una latina.* Es verdad que únicamente aludía al lugar de su nacimiento, al lugar de su educación y al lugar de su acción cívica, y, además, Ennio sólo era un bosquejo de poeta, vasto, pero informe.

No hay poeta donde no exista esa actividad de

alma que es resultado de la conciencia. Las leyes morales antiguas quieren ser comprobadas, las leyes morales nuevas quieren ser reveladas; y esas dos series no coinciden sin algún esfuerzo. Ese esfuerzo incumbe al poeta, que á cada instante ejerce funciones de filósofo. Es preciso que defienda, según el lado amenazado, unas veces la libertad del espíritu humano, otras la libertad del corazón humano, ya que amar es cosa tan sagrada como pensar. Nada de todo lo expuesto es el arte por el arte.

El poeta llega entre esos seres vivientes que van y vienen, llamados hombres, para domesticar, como el Orfeo antiguo, los malos instintos, los tigres que hay en el hombre; y el Anfión legendario, para remover todas las piedras, los prejuicios, preocupaciones y supersticiones, poner en movimiento los bloques nuevos, hacer nuevas bases y reconstruir la ciudad, es decir, la sociedad.

Que este servicio prestado, cooperar á la civilización, lleva consigo pérdida de belleza para la poesía y de dignidad para el poeta, no es posible sustentarlo sin producir sardónica sonrisa. Todas sus gracias, todos sus encantos, todos sus prestigios, el arte útil los conserva y los aumenta. Por haber defendido la causa de Prometeo—el hombre progreso—, crucificado en el Cáucaso por la fuerza y roído en vida por el odio, Esquilo no se ha empequeñecido; por haber desatado los nudos de la idolatría, por haber quitado al pensamiento humano los vendajes de las religiones atados á su alrededor, *arctis nodis relligionum,* no se empequeñeció Lucrecio; el estigma de los tiranos con marca del hierro candente de las profecías de Isaías, no disminuyó la grandeza de éste; la defensa de la patria no perjudica á Tirteo. Lo bello no se degrada por haber servido á la libertad y al mejoramiento de las multitudes humanas. Un pueblo libertado no es

un mal final de estrofa. No, la utilidad patriótica ó revolucionaria nada quita á la poesía. Haber guarecido bajo aquellos escarpados montes ese juramento temible de tres campesinos, del cual salió la Suiza libre, eso no impide que el inmenso Grutli sea, al caer de la noche, una alta masa de sombra serena llena de rebaños, donde se oyen innumerables campanillas invisibles sonar dulcemente bajo el claro cielo del crepúsculo.